

Daniel Pastor García

El individualismo anárquico y radical de William S. Burroughs

Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1988. 175 págs.

Hay que huir del secreto. Toda la estrategia enemiga se basa en la conservación del poder, que es en gran medida silencio y supresión del lenguaje. De la literatura a la política llamada de defensa (sin duda porque se defiende a sí misma con todos sus errores y egoísmos), de los consejos de administración de las empresas a las logias centrales de las organizaciones religiosas, el otro bando se define más por las vulgaridades que calla que por la hipocresía mediante la que embauca. Naturalmente, son pocas las personas que, teniendo a mano la posibilidad del poder, propugnen una democracia genuina, tomando al asalto las cajas fuertes del secreto y permitiendo que la información, *toda* la información, fluya como una energía liberadora. A estas alturas de la historia, sólo un ingenuo que sepa utilizar cínicamente el lenguaje enemigo y esté persuadido de que no tiene nada que perder, por entender que no hay más santidad que la de los abismos, puede plantarle cara al sistema y denunciar el virus del poder.

William S. Burroughs pertenece a esa rara estirpe de hombres a los que hace alusión el párrafo precedente, y ello constituye un factor fundamental a la hora de encuadrar su obra en términos literarios e ideológicos. Homosexual, ex-drogadicto, parricida, reúne en su biografía elementos más que suficientes para escandalizar a cualquier ortodoxia bienpensante, esto es, al enemigo. Pero este hombre afable y tranquilo, que ha escrito y publicado incansablemente

durante casi cuatro décadas, no es un provocador a la manera de Bukowski o la ya no tan joven Kathy Acker, sino un creador inteligente y responsable, que ha enriquecido la tradición literaria con innovaciones fecundas como el *cut-up* o el *fold-in* y abierto nuestra sensibilidad a nuevos discursos y registros. Con todo, y dejando de lado la desigual consideración que nos merece su vasta obra impresa, Burroughs es, sobre todo, un rebelde dentro de la más neta corriente norteamericana, la de Thoreau, Whitman o Henry Miller.

De la misma manera que parece milagroso que del gran imperio americano brote un autor como Burroughs, se nos antoja un prodigio que el mundo académico español produzca un libro como el de Daniel Pastor García. Ya desde su título, que es tan exacto como audaz, *El individualismo anárquico y radical de William S. Burroughs* nos enfrenta a una prosa crítica y a una metodología investigadora que no es, ni mucho menos, la habitual entro nosotros. Que el volumen sea, por añadidura, la tesis doctoral de su autor dice no poco en favor del trabajo independiente y lúcido que viene desarrollando, en la Universidad de Salamanca, el plantel de investigadores que dirige, desde hace muchos años, el profesor Javier Coy.

Daniel Pastor, que tiene el privilegio de mantener un contacto personal con William Burroughs y es un perfecto conocedor de su bibliografía, nos ofrece en este volumen una inmejorable introducción al mundo del autor de *The Naked Lunch*. Su libro, que no desmerece nada al lado de los de Philippe Mikriammos, *William S. Burroughs* (1975) o de Eric Mottram, *The Algebra of Need* (1977), dos puntos de referen-

cia por lo demás ineludibles, demuestra cómo nuestros anglistas y americanistas pueden y deben aspirar a que sus investigaciones resistan la comparación con las de los mejores especialistas. Si estamos, por desgracia, demasiado habituados a ver libros y tesis doctorales concebidos meramente como «asuntos de trámite» (por momentos, uno tiene la impresión de que todo nuestro sistema universitario está estructurado como un «asunto de trámite»), lo cual vale por manifestar que lo único que se penaliza es la calidad procedente del «individualismo anárquico y radical»), excepciones como la presente nos traen sin duda un aire nuevo y refrescante.

Pero explicitemos con rotundidad los méritos de este breve y apretado estudio. En primer lugar, y de modo prominente, hay que hablar del profundo acierto con que Daniel Pastor ha comprendido el pensamiento de Burroughs. Lejos de adoptar un distanciamiento neutro, y de encajar el análisis en unos parámetros convencionales, Pastor entiende que toda la obra del americano es un titánico alegato contra el poder y las diversas formas de sometimiento y dependencia auspiciadas por éste. El universo de la droga —o, para ser más claros, el de la heroína— nos suministra un modelo hermenéutico fundamental, que el profesor Pastor acierta a desentrañar en toda su amplitud. En este sentido, nos revela cómo Burroughs no es tanto un fabulador como un intérprete de la realidad cuyo diagnóstico es a la vez una invitación a la transformación de la misma. Tal actitud sitúa a Burroughs más cerca de Marx o Lautréamont que de Faulkner o García Márquez, más en la órbita de los grandes renovadores de la consciencia que en la de los orfebres de salón.

El primer eje metodológico escogido por Daniel Pastor es, consecuentemente, político, ideológico, existencial. ¿Significa ello que descuida la vertiente lingüística y estilística, que se detenga en el potencial revolucionario de la escritura de Burroughs? En modo alguno, puesto que su segundo eje representa justamente una exploración de las aportaciones de esa obra a las técnicas narrativas contemporáneas. Pero el crítico —y esto es lo importante— no procede así por guardar una ramplona fidelidad a la escolástica académica, en la que al «fondo» debe seguir la «forma». Nada más lejos de su perspicacia y de sus motivaciones. Lo que hace, en la última parte de su libro, es confirmar cómo no puede haber alteración de la realidad sin modificación del lenguaje, cómo no puede haber progreso sin experimentación. La obra de Burroughs, y sobre todo la de sus primeros veinte años de productividad literaria, que es la que Daniel Pastor aborda en su trabajo, tiene numerosos puntos de contacto con la de Ginsberg, Kerouac y Henry Miller, es decir, con la de escritores caracterizados por una honestidad confesional; pero no es menos cierto que, de manera simultánea, es capaz de evocar otras coordenadas bien distintas, como puedan ser las de Maquiavelo, Rochester y Hobbes, o las de Gertrude Stein, Samuel Beckett y algunos neo-dadaístas contemporáneos (tengo la sensación de que lo mejor de los llamados «*Language*»-poets apunta en esa dirección). Con todo ello no quiero sino sugerir la complejidad del fenómeno que supone William Burroughs, así como la honda significación extraliteraria de sus propuestas estilísticas y formales, a las que no ha sido insensible el profesor Pastor.

Estamos, en resumidas cuentas, ante un libro valioso y necesario, en el que nada es superfluo o gratuito y que aporta, por ende, un exhaustivo caudal bibliográfico. Por todo ello, no podemos sino felicitar a su autor, a la par que le pedimos que ahonde en esta misma línea de investigación. Si la literatura —y de manera subsidiaria, la crítica litera-

ria— tienen aún cosas importantes que decirnos en este periodo de crisis finisecular, será en parte gracias a plumas como las de William S. Burroughs y Daniel Pastor.

Bernd Dietz

